

El sabio y el erudito

por Lorenzo Carrera Bloise «*Quentandil*»

De esta Orden el número de miembros no se conoce...
—*Cuentos Inconclusos*, “Los Istari”

No iré por ese camino llano y polvoriento,
indicando esto y aquello por esto y aquello,
vuestro mundo inmutable donde no participa
el pequeño creador del arte del creador.
—*Mythopoeia*

Otoño del año 222 de la Cuarta Edad,
un año tras la muerte del Rey Eldarion.
El Gran Camino,
poco antes de llegar al Muro de la Ciudad desde el sur.

El camino hacia el norte siempre había sido seguro, pero un viajero solitario, montado en un burro, se fijaba atentamente en algunas señales ominosas. Algún árbol carbonizado aparecía de vez en cuando a la linde del camino. No eran fruto de un incendio grande e incontrolado, sino árboles negros aislados, como si les hubiese caído un rayo, pero sin más daño que el fuego.

—Los han quemado con cuidado, como si fuesen un símbolo —pensó en voz alta el viajero. Al ver que un grupo de caballeros se acercaba, se animó a preguntar—: ¡Oigan, ustedes! Buen día. Estos árboles quemados, ¿son acaso signos de la secta del Árbol Negro?

—¡Anciano! Baja la voz —respondió uno de los caballeros. Por su vestimenta, seguramente era uno de los guardias que estaban escoltando a un noble—. Está prohibido por ley hablar de esa secta y de sus símbolos.

—Pensaba que habían capturado al líder y que se había acabado.

—Así es, pero ahora buscan a un grupo de pirómanos que parecen estar relacionados. Si quieres evitar problemas, no hagas preguntas —dijo el caballero. Hizo amago de continuar, pero se detuvo a mirar al extraño viajero. Su túnica raída y su aspecto desaliñado le hacían parecer un mendigo, pero una mirada atenta percibiría que una pequeña medalla del gobierno de Umbar asomaba en su pecho—. Anciano, ¿qué haces viajando solo? La guardia de la ciudad no da abasto, y no puede patrullar los caminos todo el tiempo. No es seguro. Deberías haber venido con una caravana.

—Tranquilo, buen señor —sonrió el viajero—. Mi asno Carbón y yo no hemos tenido muchos problemas, y cuando los hemos tenido hemos sabido lidiar con ellos.

Tras despedirse, el caballero aceleró el paso para alcanzar a su grupo, que no se había molestado en detenerse a hablar.

El viajero suspiró, y se preguntó si habría sido poco delicado haber mencionado el nombre de su burro cuando le acababan de decir que había pirómanos sueltos. El nombre Carbón no era porque fuese totalmente negro; solo tenía el pelaje algo oscuro: lo suficiente. Los ropajes del mago sí que habían sido negros como el carbón en su momento, pero estaban decolorados por el paso de las décadas, y ahora parecían grises, parduzcos. ¡Buena tela la de las túnicas de los magos! Lástima que ahora, con ese color, algunas personas, siempre bastante mayores, lo confundían con el mago Gris.

“*El mago Gris ya no es gris*” —solía decir a quienes se atrevían a preguntar—, “*y ya no ronda por estos lares*”. Estaba bastante seguro de que el Gris ya había vuelto al Oeste, o eso decían las gentes de fiar. La verdad, tampoco le importaba mucho qué había sido de sus

compañeros. El Blanco, los Azules, la Dama... Ahora la Orden estaba disuelta (isi es que alguna vez estuvo unida!) y el Aborrecible había sido derrotado. La misión había terminado y cada cual era libre de ir adonde quisiera. No iba a juzgar que alguno quisiera volver a casa tan pronto; bastante complicados habían sido los últimos siglos. Por su parte, quedarse de vacaciones en la Tierra Media era de lo más razonable. Demasiados años en el extremo Sur, demasiados años de crear alianzas, de razonar con salvajes, desenmascarar chamanes...

—No te puedes quejar, Carbón. No me ganas en trotes. Si hubieses atravesado el desierto las veces que yo, serías puro hueso. Ya ves qué diferencia hay aquí tan al norte. Tienes pastos de sobra. Te vas a poner rollizo.

Como respuesta, el asno solo soltó un leve rebuzno. Ya que pensaba en su aspecto, el hombre miró en su túnica raída, se echó la capucha hacia atrás y tocó su pelo.

—No puedo entrar en el palacio vestido así. Ya llamo la atención lo suficiente. No, creo que es buen momento para comprarme una túnica nueva, y de lavarme... ¡y afeitarme! —el hombre se acarició la barba llena de canas, que casi le llegaba al pecho. Había evitado la costumbre de dejarse la barba larga como los otros magos para que la gente no le identificase, pero los años pasaban sin darse cuenta—. A tí también te vendría bien un baño. ¿Qué te parece?

Carbón no respondió.

—Por otro lado, me gustaría volver a ver a mis hermosos hermanos, ya sin estos cuerpos viejos —comentó el mago, como si el burro hubiese estado escuchando sus pensamientos—. O ver a uno de mis señores. O, diantres, ¡ver aunque sea un elfo! Antes de que nacieras intenté volver al Oeste, pero fue llegar a Minas Tirith y me enredé con una estúpida intriga política y tuve que dar media vuelta. Nadie me lo mandaba, pero es que de donde vengo hacía muchas veces de intermediario. No lo puedo evitar. Pero te prometo que esta vez solo haré lo que tenemos pensado y nos iremos enseguida.

Una vez llegados a la ciudad, el mago Negro cumplió su promesa y, tras rasurarse el cabello y la barba, vistió su color propio con una túnica y una capa nuevas. Carbón recibió un baño también y un merecido descanso en el establo de la posada. Pero Negro¹ no necesitaba descanso, y al día siguiente ya estaba paseándose por la ciudad.

No le interesaba mucho ponerse al día de los cambios en la ciudad desde la última vez de su visita. En cambio, tras deambular un poco, fue directamente al palacio. Mostró su salvoconducto y su insignia del gobierno de Umbar. La razón de su visita causó algo de extrañeza entre los funcionarios que lo atendieron. Un dignatario de Umbar, consejero del gobernador, venía expresamente a la capital... ¿para consultar los archivos y la biblioteca? ¿Por una investigación personal?

—Estoy recién jubilado y soy aficionado a los libros, y como no hay mejor biblioteca que la de Minas Tirith... —explicó a uno que le preguntó. Era prácticamente cierto, aunque no mencionó que era un mago como los de antes, que en ocasiones consultaba las bibliotecas para analizar la evolución de la humanidad y el Dominio de los Hombres.

Respiró tranquilo una vez lo dejaron entrar en la sala principal de la biblioteca. Parecía que habían reformado y recolocado toda la sala desde la última vez, pero la atmósfera seguía transmitiendo las mismas sensaciones. Estaba mejor iluminado, y había el mismo polvo por todas partes. Las estanterías se alzaban hasta el techo, el doble de altas que un hombre.

¹ N. del T.: El nombre de “Negro” en Oestron es fonéticamente más atractivo y funciona como nombre propio mejor que en español, pero se ha preferido traducir directamente para no añadir matices ajenos al manuscrito original.

No había nadie en el escritorio de los catálogos, ni en las mesas donde consultar los libros, salvo un señor de mediana edad, que estaba leyendo dos gruesos volúmenes al mismo tiempo. El hombre vestía una túnica verde oscuro, sencilla pero de evidente calidad. Sus ojos pequeños andaban concentrados y no repararon en el mago. Se trataba evidentemente del bibliotecario mayor, archivero real o como sea que lo llamasen en aquel momento.

Negro comenzó a recorrer las estanterías y las estancias del lugar, revisando solo las secciones que le interesaban. Pero para su desánimo, los libros sí que habían cambiado notoriamente desde su última visita. Estaba todo evidentemente reordenado, así que no pudo encontrar algún libro que le hubiera gustado releer y tuvo que contentarse con lo que el azar le fuera mostrando.

Tras casi una hora de mirar estantes y hojear de pie unos cuantos libros, se decidió a escoger varios y sentarse a leer un poco. Muchos de ellos le habían llamado la atención por tratarse claramente de nuevas adiciones, escritas recientemente. Encontró una mesa discreta entre dos estanterías, iluminada por una ventana de alabastro transparente, y se sentó a revisar los libros que había escogido. El murmullo del exterior se escuchaba ahí, recordando que, por muy tranquila que pareciese la biblioteca, seguía estando ubicada en palacio. Sin que esto le molestase, al cabo de un rato el mago ya estaba enfrascado en un libro de historia geológica bastante interesante, pero en parte perturbador.

Casualmente, escuchó al bibliotecario cerrar sus libros y levantarse. Aprovechó entonces para ir a consultarle, libro en mano.

—Buenos días, señor —saludó el bibliotecario al verle acercarse. Su tono de voz demostraba que no acostumbraba tener visitas y que éstas le complacían. Su sonrisa transmitía una jovialidad que le quitaba años, en contraste con su incipiente calvicie, que le añadía otros tantos—. ¿En qué puedo servirle?

—Buenos días, señor bibliotecario.

—“Maestro librero”, por favor, pero “Kartahuz” mejor.²

—Kartahuz... Llámeme Negro, por favor.

—¿Negro? Un nombre... ominoso, si me permite ser franco.

—El color negro es tan color como todos los demás. Me sienta bien y no dejo que el Enemigo se lo apropie.

—Bueno, y apodos aparte, veo que deseaba consultarme algo...

—Estaba hojeando este libro, *De las grandes catástrofes continentales*, y me llama mucho la atención. Por un lado, hace un estudio excelente de la geología del mundo conocido, con sus placas tectónicas y vulcanología; pero por otro, da por supuestas muchas cosas. Interpreta toda la historia desde una perspectiva exclusivamente natural...

—Desde una perspectiva científica —apuntó el maestro.

—Las ciencias naturales no son incompatibles con lo sobrenatural, aunque sean campos de estudio distintos.

—Permítame discrepar. Las catástrofes naturales no necesitan de dioses y elfos para ocurrir. Un verdadero estudio de la geología y de la historia debe rebatir todo ese folclore que solo tergiversa la realidad, en vez de explicarla.

² N. del T.: *Kartahuz* es gótico para “Atesorador de papel”. Se ha escogido esta traducción siguiendo la línea de Tolkien de traducir los nombres norteos con lenguas emparejadas con el inglés. El hecho de que este personaje (aparentemente de alta alcurnia) tenga un nombre norteo en vez de élfico, parece indicar un cambio de costumbres en Gondor. También cabe la posibilidad de que sea un pseudónimo, dado lo conveniente que es.

Negro guardó silencio. Cada vez era más difícil encontrar personas que recordasen a los dioses, Númenor y las antiguas historias; pero nunca se había topado con alguien que negase todo de esa manera.

—Y no se cambia la historia como tal —continuó Kartahuz—. Las Edades del mundo terminan igual: con grandes cataclismos que cambiaron tanto la historia como la geografía.

—Cambios fruto de la casualidad, según usted.

—No, fruto de causas naturales. Pongamos Thangorodrim. ¿No creerá usted que un dios levantó unas cimas volcánicas, activándolas cuando le venía mejor? No, no; su aparición, la Llama Súbita, su destrucción en la Guerra de la Cólera, son todo actividades propias de una cadena de volcanes.

—Pero según usted no hubo guerra alguna.

—Hubo guerras en Beleriand, eso está claro. Pero eso de un ejército viniendo del Oeste y hundiendo medio continente a pisotones... ¿de verdad cree que tiene algún sentido?

—Sí, si intervienen los Poderes que crearon el mundo.

—¿Qué le parece sentarnos y hablar de estos asuntos con un té? No es común que alguien venga con preguntas. Estaré encantado de dedicarle mi tiempo, si quiere.

—Acepto con gusto —dijo Negro haciendo una inclinación de cabeza.

—Por favor, escoja algún libro y espéreme un rato mientras preparo el té.

—Le espero ahí —señaló la mesa discreta donde se había sentado antes.

Kartahuz asintió y desapareció tras las estanterías, y Negro volvió su vista hacia los libros. Se fijó que los estantes tenían polvo y pelusas, pero la mayor parte de los libros estaban limpios, aunque con evidentes signos de desgaste. Abrió varios sin título en el lomo para saber de qué trataban.

—*Desordenados también* —pensó para sí—. *¿Qué pinta un libro sobre setas junto a la Akallabêth?*

Agarró este último, y volviendo a su mesa, se puso a leerlo. Al cabo de un rato, apareció Kartahuz con una humeante tetera de latón y dos tazas de barro.

—¿No tienen un ejemplar mejor de la *Akallabêth*? —preguntó Negro mientras Kartahuz servía el té. El bibliotecario reparó en el libro.

—No me diga que sabe leerlo.

—En realidad, muy poco.

—Pues debe ser de los pocos que sepa. Nunca ha habido un catedrático de adunaico clásico en Minas Tirith. Tampoco existen medios para aprenderlo, y contamos con la traducción del Libro Rojo, por lo que ejemplares como el que está viendo ya no interesan. Que yo sepa, no hay ninguna otra copia.

—Este papel está muy desgastado —dijo el mago acariciando la punta de una hoja—. En Umbar los libros solo se pueden hacer con pergamino auténtico, que es mucho más perdurable.

—Demasiado caro.

—Bueno, pues con papel vegetal nuevo. Este libro está a punto de convertirse en polvo. Necesita ser copiado cuanto antes.

—También, demasiado complicado. El gremio de libreros desapareció hace años. Solo conozco un artesano que fabrique papel o pergamino. Y ya no hay copistas de oficio, solo mis alumnos en su tiempo libre.

—Veo que la biblioteca de Minas Tirith ya no es como en otros tiempos.

—Totalmente. Nos apañamos con el presupuesto que nos dan. Aún viene gente de todas partes a estudiar aquí, pero les interesan las novedades. Yo mismo doy clases de historia y gramática a un buen número de alumnos...

—Pero hay algo más, ¿no? Está todo cambiado de manera extraña...

El maestro librero calló durante unos momentos, apartando su mirada en su duda, pero finalmente se decidió.

—Parece usted un buen sabio, y siendo extranjero creo que no habrá problema —dijo acercándose un poco más a Negro, aunque no se molestó en bajar la voz—, pero le pido discreción.

—Faltaría más.

—Hace dos años sufrimos un incendio, provocado. Todavía estamos calculando las pérdidas.

—La secta del Árbol Negro —señaló el mago, recordando los árboles quemados.

—Sí, esos endemoniados. Fue una declaración, ¿sabe? Capturaron a uno de los responsables, y clamaba que la biblioteca era un bosque de mentiras. Había verdadero odio en su voz. Odio hacia todo lo humano.

—Pero, ¿cómo es posible que todo esté tan bien? —preguntó, mirando a su alrededor.

—El fuego se pudo aplacar y restauraron el edificio en seguida. La política del nuevo rey ha sido acallar todo rumor sobre esta secta, para evitar publicidad. Se vio apropiado hacer que pareciese un accidente y olvidar cuanto antes el asunto.

—Entiendo... Ser los responsables de destruir el mayor baluarte del pasado, aunque sea en parte, es una herramienta que puede infundir terror, o peor: mayores insensateces.

—Así es. Tengo miedo de que pueda ocurrir otro atentado peor tarde o temprano.

—Qué triste.

Kartahuz asintió, y de pronto callaron unos momentos, taciturnos.

—Bueno, pero hay que mirar al futuro —alegó el maestro, tomando su taza y bebiendo un sorbo—. El incidente ha sido un buen motivo para renovarnos, para escribir y copiar nuevas obras. Traemos muchas de la Academia de Annúminas. Allí me eduqué, y ahora perpetúo la escuela revisionista aquí en Gondor.

—¿Qué escuela es esa?

—Lo que tiene ante sí —señaló uno de los libros en la mesa, el que trataba sobre catástrofes naturales—. Ese libro lo escribió uno de mis alumnos.

—¿Se dedican a reinterpretar la historia de Arda?

—A interpretarla correctamente. Ayudamos a la gente a fijarse en lo que es importante y dejar los cuentos de hadas a un lado.

—A fijarse en lo que ustedes creen que es importante.

—Dígame, ¿de qué sirven los cuentos? —preguntó el maestro con tono condescendiente.

—Para enseñarnos a vivir, para recordar que todos somos parte de una historia más grande...

—De una historia o de una gran canción cantada por ángeles antes del Tiempo. Sí, sí. Puede ponerse todo lo poético que quiera, pero a fin de cuentas, todas esas historias de joyas y anillos no son más que entretenimiento para las masas. Las historias fantásticas no llevan más que a la una mentalidad crédula. Solo un puro escepticismo nos permite avanzar, como individuos y como sociedad.

—¿Quiere decir que difunde sus ideas más allá de lo académico?

—Cómo no. A niños y adultos por igual, y predicamos al pueblo llano en ocasiones también. Tal vez así dejen de brotar esos cultos horribles. Si la gente olvida lo que es un orco, nadie pretenderá serlo.

—O nadie sabrá reconocer que alguien se comporta como uno.

—Oh, mordaz... —sonrió Kartahuz, sin dar muestras de que la actitud del sabio le molestase lo más mínimo.

—Creo que quitarle todo lo fantasioso a las leyendas y a los cuentos solo provocará que pierdan todo interés, y que caigan en el olvido.

—Yo creo que ayudará a la gente a cuestionar más las cosas y a buscar la verdad. También creo que usted tiene una opinión demasiado definida sobre un tema que desconocía hasta hace un momento.

—Bueno, pues cuénteme algo más de su... escuela de pensamiento. ¿Ha escrito usted algún libro?

—Sí, varios. Mis especialidades son la historia y la antropología. Mi último libro, que fue muy bien recibido en la Academia, demuestra científicamente que los Enanos³ no eran una especie diferente a la humana, sino una tercera raza. De ellos tenemos más datos que de los Elfos, pues su desaparición es más reciente.

—“...hasta que el mundo envejeció...” —pensó Negro, recordando en su cabeza algo que había leído en no sé donde—. *¿Tan pronto se ha vuelto viejo el mundo? ¿Tan viejo soy?*

—De hecho, durante mi investigación, conocí a algunos rohirrim que decían haber tenido contacto con enanos en al menos una ocasión. Lo malo es que no sabían decirme la diferencia entre un enano y un hombre drú.

—Según usted, no habría mucha, ¿no?

—Ciertamente. Los Enanos y los Drughus eran subrazas hermanas: unos vivían en las montañas y los otros en los bosques. Junto con los Hobbits, conformarían la tercera raza principal de los Hombres, con un origen común: la Menguante, como yo la llamo.

—Y las otras dos razas humanas son...

—La Alta y la Segunda.

—La Alta son los Elfos, y la Segunda todos los Hombres de estatura normal...

—Así es, los Segundos representados especialmente por los Númenóreanos.

—Pero no irá a negarme que la edad y la estatura de los Númenóreanos no representan algo casi sobrenatural.

—No veo por qué. Como podrá leer en ese libro, toda la geología de Númenor indica que se trataba de una isla de origen volcánico. Su tierra era fértil y sus aires limpios; un lugar perfecto para salud de los Hombres. Eso además de que ellos tenían una cultura que ensalzaba el deporte, la equitación y la navegación. Es más que natural que evolucionasen, en pocas generaciones, hasta tener una longevidad envidiable y una altura destacable del resto. Pero sí, también voy a reconocer que los registros sobre la edad de los Númenóreanos están claramente exagerados, así como lo de la vida idílica que llevaban en su isla.

—Exagerados, ¿por qué? ¿Con qué intención?

—Verá: la cuestión de Númenor se reduce a la culpa del superviviente —el librero se acomodó cambiando de postura y apuró su taza—. Los llamados “Fieles” eran los principales supervivientes de la catástrofe del Hundimiento. Necesitaban explicar de algún modo por qué habían sobrevivido ellos, y sobre todo, por qué toda su civilización se había destruido de la noche a la mañana.

—Pero dicha destrucción fue por causas naturales. Una mera erupción volcánica —comentó recordando lo que había leído en el libro de antes.

—No una mera erupción: ¡un montón de erupciones! Si usted lee la *Akallabêth* con unos conocimientos geológicos mínimos, podrá ver todos los signos de que la catástrofe era inminente desde hacía tiempo. No hacía falta la intervención divina para ello. Lo primero que se vio fueron las nubes alzándose en el Oeste. Nada de águilas enviadas por los dioses como advertencia: las Pelóri no eran sino una cadena de volcanes, que estaban preparándose

³ N. del T.: Los nombres de las razas se escriben con mayúsculas cuando se hable de la raza en sí, y con minúsculas cuando se hable de individuos o grupos específicos.

para entrar en erupción. Para desgracia de los Númenóreanos, el Meneltarma debía estar conectado a esta cadena, y pronto comenzaron a salir fuego y humo por la cima, durante días, creando incluso tormentas eléctricas. La erupción fue terrible, y tanto la isla como el continente de Aman quedaron desolados.

Negro alzó una ceja al escuchar esto último. La idea del Oeste como un mero continente más tenía sentido. Incluso había escuchado a eruditos discutir si la desaparición de Aman del mundo podría haber sido algo espiritual, y que las tierras se habían quedado físicamente, perdiendo toda bendición. Prefirió callar. Ya preguntaría sobre esta cuestión, pero quiso intervenir:

—No sé... Un continente entero no desaparece de la noche a la mañana. De hecho, una erupción volcánica no hunde una isla, sino que la engrandece.

—Una erupción del calibre que digo cambiaría necesariamente costas enteras. Pero tiene usted razón. Eso de que Númenor y Aman desaparecieron del mapa son invenciones. Simplemente fue inviable navegar por esas zonas durante el suficiente tiempo para que se creasen leyendas, pero estoy seguro de que un análisis cartográfico actual sacaría muchas cosas a la luz. Sé de unos exploradores que han viajado hacia el oeste y han encontrado islas que aún tienen actividad volcánica.

—También he escuchado de esos exploradores, son conocidos en Umbar —reconoció el mago, pero antes de que Kartahuz le preguntase si venía de allí, preguntó—: ¿Y qué es eso de la culpa del superviviente?

—Los supervivientes de la catástrofe tenían que explicar una tragedia de tal magnitud, y más aún con toda una mitología previa referida a la bendición de los dioses. De ahí que en adelante, todo lo referido a Númenor se explicase como un castigo divino, fruto de una decadencia moral y religiosa. Es más, hubo realmente una decadencia general en la cultura Númenóreana que la *Akallabêth* y otros escritos no destacan lo suficiente: la proliferación de la esclavitud. La mano de obra esclava acomodó a los habitantes y les apartó del trabajo. Es natural que la esperanza de vida disminuyese en una situación así, ¿no cree?

»Bueno, resumiendo: al mismo tiempo, el pasado de Númenor se idealizó como el de un paraíso perdido. Por eso las bestias allí eran tan buenas, el tiempo estupendo y la vida larga. Todo lo de los reyes que morían voluntariamente y la búsqueda de la inmortalidad en el Oeste son solo hermosas lecciones morales para un grupo de supervivientes que necesitaban darle sentido a sus vidas y aceptar la muerte de su civilización.

El mago y el erudito callaron durante unos instantes, asentando todo lo dicho. Negro asentía con manifiesto interés, y Kartahuz aprovechó para llenar las tazas otra vez.

—Entiendo cómo ha hecho para meter a todos en el mismo saco —empezó Negro—, pues tanto los Númenóreanos, como las razas “menguantes” también eran mortales. No creo que pueda decir lo mismo de los Elfos.

—Los llamados “Elfos” no son una especie diferente a la humana. No eran seres inmortales, siempre jóvenes, imperfectos en todos los aspectos! Sin duda existieron —se apresuró a apuntar Kartahuz, viendo que Negro iba a rebatirle—, pero como una raza propia: hermosa, muy civilizada, con una tecnología avanzada, una medicina incomparable, y una excelsa fuerza militar. Sin duda.

Se detuvo a respirar un momento, y Negro aprovechó para intervenir:

—Pero eran mortales, quiere decir.

—En efecto, como todo el mundo; como usted y como yo.

—¿Y cómo explica que los elfos que conocemos hayan vivido tantos siglos?

—Dígame, ¿qué elfos conocemos? Quiero decir, ¿cómo son los elfos de los que tenemos registro? ¿De qué clase social?

Negro calló un momento, intuyendo hacia adónde iba a ir la conversación.

—Reyes, señores, príncipes y princesas —se respondió Kartahuz a sí mismo—. ¿Me sabría mencionar un elfo que no lo sea? ¿Alguien de a pie?

Negro había conocido miles, recordaba cientos de sus nombres, pero pensó en uno que Kartahuz pudiese conocer.

—Haldir, el guardián de Lothlórien.

—Ah, veo que es conocedor del Libro Rojo. Bien, sí, alguno hay. Pero de ellos no sabemos ni fechas de nacimiento, ni de muerte, ni de su partida al Oeste.

—Pero de los nombres sí, ¿no? ¿Cómo explica que los grandes noldor y sindar hayan vivido durante siglos, mientras generaciones enteras de hombres pasaban una detrás de otra?

—Simple. Está claro que en la realeza élfica tenían la tradición de llamar a sus reyes y señores igual que a su dinastía. Ya sea por una carencia en la transmisión de genealogías a los hombres, ya sea por el secretismo propio de los Elfos, el número de los reyes de cada dinastía nos es desconocido, dando la impresión a los ignorantes de que, pongamos, la dinastía de Fingolfin, era siempre la misma persona.

—Pero Fingolfin fue sucedido por Fingon, su hijo.

—No su hijo, sino la familia Fingon, con la que estaba emparentada.

—Entiendo. Entonces, según usted, el Fingolfin que murió en la Batalla de la Llama Súbita no fue el mismo que llegó a la Tierra Media más de cuatrocientos años atrás, sino un descendiente directo suyo.

—Así es. Probablemente Fingolfin el undécimo, según mis cálculos. Recientemente algunos de mis alumnos y yo hemos estado conjeturando que el último rey Fingolfin se lanzó a su duelo suicida porque vio que su dinastía había terminado, ya sea porque no tuvo descendientes o porque estos murieron en la batalla.

Negro iba a mencionar el detalle de que el “último Fingolfin” había muerto a manos de un dios con un martillo gigante, pero prefirió no sacar el tema aún.

—¿Y qué pasa con los elfos que no eran reyes, sino individuos? Príncipes que no permanecieron en un mismo lugar, y que además vivieron miles de años. No creeréis que su linaje pueda durar tanto...

—Supongo que se refiere a Galadriel y Elrond.

—Y Glorfindel, entre otros.

—Glorfindel es un caso muy sencillo, aunque particular. En la Primera Edad hubo un Glorfindel, un gran héroe que murió salvando a los supervivientes de Gondolin. El Glorfindel que había en Rivendel durante la Guerra del Anillo solo era un tocayo casual, no el heredero de una familia noble, o de una orden de caballería o cualquier título de alto rango. Muestra de ello es la irrelevancia del segundo Glorfindel durante la Guerra. Todo eso de que era la reencarnación del héroe de la Primera Edad, enviado por los dioses a la Tierra Media para básicamente no hacer nada, es sin duda una confusión debida a su nombre. Es más, puede que esta confusión no sea casualidad.

—Mencionaba antes el secretismo de los Elfos. He conocido a muchos hombres mostrar desconfianza hacia los Elfos, pero nunca había conocido a alguien insinuar que ellos podían haber conspirado para inculcar mentiras de tal calibre.

—No tengo ninguna seguridad al respecto. Pero sí, mi mayor apuesta es que los Elfos son los que crearon esta imagen de sí mismos, haciendo creer al resto de los Hombres que eran inmortales y superiores. Si no era ya así cuando había contacto entre los diferentes pueblos, al menos montaron sus mentiras en los textos escritos. Siendo los primeros en crear la escritura, tenían esa ventaja. Pero todo puede ser fruto de diversos errores en la transmisión, y

aún más en la traducción. No olvidemos que Bilbo Bolsón, aunque debió ser el más erudito de su raza, seguía siendo un hobbit rural, y que los escribas más diestros cometen las erratas más insospechadas.

Negro suspiró con discreción. Sabía que, sin la presencia de los Elfos, los Hombres cambiarían su percepción de ellos o los olvidarían, pero no sospechaba que fuese a ocurrir tan pronto. Prefirió no opinar nada aún y seguir escuchando.

—Bueno, ¿y Dama Galadriel? —preguntó.

—Galadriel, Elrond, Círdan... entran en una misma categoría. Estos nombres eran títulos nobiliarios, ligados a un territorio o a un oficio. Sin duda, fueron creados en base a personajes ilustres, pero no se heredaban de padres a hijos necesariamente. “Círdan” es el caso más claro. El nombre significa “constructor de barcos”: es meramente descriptivo, no un nombre personal. La idea de que un solo individuo, tan ligado siempre a la costa, haya sobrevivido durante miles de años es absurda, teniendo en cuenta todas las catástrofes naturales que han afectado al oeste de la Tierra Media. Lo lógico es pensar que “Círdan” se refiere al maestro del gremio de constructores de barcos, título que debía ser otorgado al más hábil, o por elección, generación tras generación. “Galadriel” debió ser un nombre común en la dinastía Finarfin, pero no se convirtió en un título matriarcal hasta el final de la Primera Edad. Con el Primer Cataclismo, el de la llamada “Guerra de la Cólera”, sobrevino una época oscura en todos los aspectos. Una noldo escapó de la catástrofe, habiendo perdido una gran parte de su pueblo y a toda su familia. Otro sinda de la corte de Doriath debía estar en la misma situación, así que ambos crearon una alianza para ayudarse mutuamente a preservar su herencia cultural, noldorin por parte de ella, sindarin por él. Se instituyó así una escuela de transmisión de los conocimientos élficos, en el que una mujer con guirnalda dorada, “Galadriel”, y un varón vestido de plata, “Celeborn”, serían líderes y maestros. Su paralelismo con los Árboles de Valinor no puede ser casual; es un símbolo creado para evocar los Días Antiguos.

—¡Está reduciendo al Señor y la Señora de los Galadhrim a un par de cátedras!

—No es reducir en absoluto —negó el maestro agitando la mano—. Es de una genialidad admirable que, creando una figura matriarcal y otra patriarcal, los supervivientes de dos etnias contrarias hayan tenido una referencia cultural común durante milenios. También eran una referencia política en tiempos de necesidad, como ocurrió en la fundación de Eregion o en la crisis de Lothlórien, pero eran principalmente guardianes de sabiduría milenaria. Si las lembas aún permanecían en la Tercera Edad, fue gracias a que se aseguraron de que hubiese siempre una Galadriel custodiando y transmitiendo la tradición. Sin duda, la sucesión discipular debía ser la clave.

—¿Y por qué se perdió?

—La Dama Arwen debería haber sido la siguiente Dama de Guirnalda Dorada, como lo debería haber sido su madre, pero una se convirtió en reina, y la otra murió. Aceptando que su tiempo había llegado a su fin, la última Galadriel se embarcó y murió, mientras que la tradición de Celeborn quedó viva un tiempo más.

—¿Cómo que murió? ¿Cruzó el mar solo para morir?

—No, la tradición de los Elfos de embarcarse en dirección al Oeste no era más que un suicidio ritual. Se originó por su deseo de volver al continente de sus antepasados, pero, aparte de la lejanía, sus embarcaciones no estaban cualificadas para realizar un viaje a otro continente. Esos barcos blancos eran demasiado ornamentales y pequeños para poder cruzar el Gran Mar; y si lo lograsen, a partir de la Tercera Edad llegarían a una tierra inhóspita, como acabamos de comentar. Ya fuese deliberado o fruto de una esperanza supersticiosa, los tripulantes de esos barcos solo podían morir de hambre o acabar hundidos ante la primera

tormenta. Según las propias historias, solo se embarcaban los que estaban enfermos o ya habían “terminado su misión” en esta tierra. El caso de Tuor e Idril debe reflejar la costumbre de los Elfos de embarcarse al sentir los primeros achaques de la edad, yendo en búsqueda de inmortalidad a un Paraíso originario. Con costumbres así, no debía haber muchos elfos ancianos, suscitando aún más la idea de la inmortalidad para las miradas ajenas.

Negro había estado aguantando su indignación desde hacía rato, manteniendo una expresión hierática. Pero de pronto se dió cuenta de que toda esta revisión tenía su gracia.

—*Han pensado en todo, los cabrones* —pensó, y no pudo evitar sonreír mientras ahora se aguantaba la risa. Kartahuz notó el cambio en la actitud de Negro, pero no reaccionó y siguió hablando:

—Los Gondorianos hemos imitado esta tradición fúnebre en diversas épocas, pero aplicándolo solo cuando la persona ya ha muerto. El féretro se embarca y se deja a la deriva hacia el oeste, y muchas veces se le prende fuego. No sé cómo serán las cosas en el sur, pero aquí este tipo de funeral es lo normal entre las clases altas. Eso de enterrar a los muertos en Casas, como esperando un mágico regreso, no tiene sentido con la mentalidad actual.

—Bueno, volviendo al tema de Galadriel...

—Veo que es admirador de este personaje.

—“Personajes”, según usted.

—Así es. ¿Qué le intriga?

—¿Cómo es que unos meros sabios se convirtieron en el Señor y la Señora de Lothlórien?

—Simple. Tal como se cuenta en las historias. Seguro que usted sabe interpretarlas como yo, si las conoce.

—Entiendo que, para usted, la “dinastía Amroth” terminó cuando el “último Amroth” desapareció sin descendencia, además en un momento de crisis en el reino, y que la monarquía se sustituyó por aclamación popular con esta “escuela” liderada por Galadriels y Celebornes.

—Exactamente. A los poderes cultural e intelectual se les sumó el político. Algo inverso ocurrió en Rivendel, en el que el señorío de Elrond se fundó por motivos militares y políticos, pero terminó derivando a un baluarte de las culturas élfica y humana. Elrond, que en su momento era un título militar bajo el gobierno de Gil-galad, pasó a ser el título de un señorío y una escuela intelectual similar al de Galadriel y Celeborn.

—Y el caso de los magos es más de lo mismo, asumo.

—Claro, es un caso aún más marcado y fácil de entender. Una orden de sabios que estudiaban en secreto sus ciencias por muchos años y transmitían sus artes de maestro a discípulo. Cada uno tenía un carisma y unos conocimientos propios, ya fuesen la habilidad técnica, el folclore de los pueblos, el dominio de la fauna, etcétera. Al ser cinco y fácilmente sustituibles, la sucesión estaba mucho más garantizada. Además, solo el Blanco tenía una sede fija (un señorío propio como el de la escuela de Elrond), mientras que los demás, al ir de un sitio a otro, era mucho más fácil que suscitasen la idea de que siempre eran los mismos. Si un heredero de la túnica Gris aparecía en una región cada cien años, ¿cómo iba a reconocer la gente que era otra persona? Si uno moría sin sucesión, el grupo de Sabios se reunía y elegía otro en su lugar. Es probable que los llamados Concilios Blancos fuese donde se realizasen estas elecciones. Una muestra de que los Sabios eran sustituibles es la usurpación del puesto Blanco por parte de Gandalf durante la Guerra del Anillo. Usurpación legítima, todo sea dicho, debido a que Saruman se alió al bando del Enemigo.

—¿Y qué es el Enemigo según usted? Supongo que no cree que Sauron era un maia corrompido con la misma edad que el universo.

—Por supuesto que no, pero el caso de los Enemigos es distinto a todo lo que hemos hablado, y requeriría remontarnos a la Primera Edad.

—En ese caso, déjeme hacer otro té —dijo Negro cogiendo la tetera, ahora vacía.

—No se moleste. Deje que... —quiso detenerle Kartahuz, pero Negro ya se había puesto de pie y el bibliotecario no tuvo más remedio que seguirle.

Negro salió a paso firme de la sala, a un patio pequeño y frío.

—Traigo un té de los Haradrim. Seguro que le gustará.

Con total naturalidad, Negro se acercó a un pozo y limpió y llenó la tetera con el agua del cubo, que estaba oportunamente lleno. Luego cruzó el patio, abrió una puerta entornada y entró ante la mirada atónita de Kartahuz. Tras caminar por un largo pasillo mal iluminado, giró a su izquierda y abrió otra puerta, que daba a una estrecha cocina. Racimos de hierbas secas colgaban del techo, tapando la poca luz de la ventana. El fuego del hogar iluminaba a una mujer y un hombre, ambos entrados en años, que se afanaban cada uno en sus tareas. Sin parar lo que estaban haciendo, miraron al forastero con extrañeza.

—Buenas tardes —saludó Negro mientras apartaba una olla puesta al fuego y ponía en su lugar la tetera—. Espero no les importe. Será solo unos minutos.

Kartahuz apareció en la puerta y miró a Negro con los brazos cruzados.

—¿Cómo sabía que hay una cocina aquí?

—Ya he estado por aquí antes.

—Llevo toda mi vida en la biblioteca, y no recuerdo que nos haya visitado nunca.

—Espero le guste el té que he traído —se limitó a decir Negro, sacando una bolsita de tela de un bolsillo—. Es muy típico tomar té en el desierto, ¿sabía usted?

—¿Lleva siempre té encima?

—No. Solo soy previsor.

La respuesta no pareció convencer a Kartahuz, pero no dijo nada más. Miraron la tetera en un silencio algo incómodo que se alargó un rato. Sin dejar su actitud risueña, Negro se giró a sonreír a los cocineros, pues notaba que le estaban mirando, sobre todo la anciana cocinera, que no había dejado de clavarle la mirada desde que entró.

—Vos... —dijo finalmente la mujer. Lo señaló con el dedo, con una actitud de sorpresa temerosa—. Vos teníais barba.

Negro la miró con ternura y le dijo:

—Y tú tenías color en los cabellos, pero tus ojos siguen igual de azules.

—¡Oh! —exclamó ella, juntando las manos en su pecho—. Sois vos en verdad. Sois el último, lo último que queda...

—¿Qué está pasando? —susurró Kartahuz, inseguro de a cuál mirar.

—No creo que sea el último que queda, ni sé si el último barco ha partido ya, pero por ahora estoy aquí.

—No pensé en volver a ver algo del antiguo mundo, algo de antes de que el rey muriese. Señor, la sabiduría desaparece, los jóvenes no escuchan y las tradiciones no se mantienen —mientras hablaba, la anciana se levantó y se acercó un poco a Negro. El tono de su voz era como quien consulta angustiado a un médico—. La mirada de los Hombres ha cambiado. Los Elfos no se dejan ver. Ya ni fantasmas quedan.

—Hija, ¿qué esperabas? En el Dominio de los Hombres no queda más remedio que ver el mundo con ojos mortales.

—Pero aquí estáis. Podéis concedernos una visión que nos renueve, que sane nuestros corazones...

—Solo estoy de paso. Sanaré lo que pueda allá donde vaya, porque está en mi naturaleza, pero mi deber ya ha acabado, como acabaron los Días Antiguos y las hazañas de los Elfos en este mundo.

—¿Y qué nos quedará?

—La esperanza, querida, que es lo que nos dejan las historias de antaño —Negro apartó sus ojos y miró al infinito, como observando algo lejano, invisible al resto de los presentes—. La esperanza de que el Dominio de los Hombres no es gratuito, y de que aún quedan grandes historias por venir, y de que, tal vez, una de ellas le dé sentido a todas las demás, tristes y alegres.

La anciana asintió y todos quedaron en silencio un rato, mirando el crepitar del fuego. El otro cocinero, que había dejado de pelar unas patatas, se dirigió a la anciana:

—Cariño, ¿qué diantres ha sido eso? ¿Quién es este forastero?

—No preguntes de lo que no sabes.

—¡Por eso pregunto, porque no sé!

La pareja comenzó a discutir afablemente como el matrimonio que evidentemente era, y Kartahuz, visiblemente incómodo, abandonó la cocina, alegando que esperaría en la biblioteca.

El mago no tardó en aparecer por allí, tetera en mano. Mientras servía, esperaba que el erudito gondoriano le preguntase sobre lo que acababa de pasar, pero para su sorpresa, solo escuchó:

—Preguntaba usted por los Señores Oscuros.

—Sí, imagino que habrá habido cientos de Señores Oscuros, según usted —dijo Negro tendiéndole una taza. No se sintió sorprendido ante la falta de curiosidad de Kartahuz. Evidentemente, el erudito estaba disfrutando de explicar toda su visión, así que asumió que luego podrían hablar de cuestiones personales, aunque una parte dentro suya le impelía cada vez más a levantarse e irse sin decir adiós.

—Oh, sí —carraspeó Kartahuz—. En este caso en particular, los Elfos vuelven a complicar los hechos históricos más de lo necesario... con sus cuentos y poemas épicos que quieren exagerar toda su lucha contra los Enemigos. La lucha contra el “Enemigo” es solo la lucha contra el culto cruento a un dios oscuro. Morgoth, Sauron, el Rey Brujo, el Nigromante, Saruman, Herumor... son solo avatares de un dios que ocupa el centro de este culto. Hay algún erudito que afirma que este culto es también una institución ininterrumpida, transmitida de generación en generación, un sacerdocio real; pero yo creo que es solo un culto que va resurgiendo de sus propias cenizas, adaptándose a nuevos tiempos.

—¿Y en qué consistiría este “sacerdocio real” de los Señores Oscuros? —preguntó Negro, dando ocasión al bibliotecario a terminar de beber su taza.

—Un hombre o una dinastía, que además de ser rey, es adorado como un dios en la tierra. La idea de reyes que personifican a los dioses debió surgir en Aman, solo que allí era una poliarquía, por llamarlo de algún modo. Todo lo relativo a Aman es mucho más difícil de definir científicamente por la distancia y el tiempo que nos separa; pero, por especular algo, en Aman los Valar eran reyes y reinas elfos. Cada uno personificaba un dios o una diosa de la naturaleza. Es muy probable que su cargo fuese transmitiéndose en secreto para crear una sensación de superioridad divina sobre la población; algo parecido a lo que ocurriría con los Elfos posteriormente, pero con mayores pretensiones.

El mago miraba y escuchaba con atención a su anfitrión con una seriedad creciente. Kartahuz, incapaz de advertir este cambio, continuó:

—Los “dioses” gobernaban en asamblea, por lo que no había ninguno superior a otro. Sin embargo, el rey-sacerdote de Melkor luchaba siempre por defender la superioridad de su divinidad por encima de los demás. Esto suponía una gran herejía, porque sólo Ilúvatar podía ser superior. Finalmente, el culto a Melkor se rebeló y cometió varios crímenes, destruyendo y robando varios símbolos religiosos del culto a los Valar. Los Silmarils no eran objetos luminosos y sobrenaturales, pero sí un símbolo de realeza élfica. El sacerdote de Melkor y sus seguidores huyeron del continente y cruzaron el mar a la Tierra Media. Allí se formaron los llamados “Orcos”.

—Los Orcos serían parte de la raza Segunda, ¿no?

—En parte. Algunos eruditos hablan de una raza Cuarta, aún más primitiva, pero yo creo que la idea de que los Orcos eran Elfos corrompidos es en parte cierta, pero fue una corrupción en sentido moral y cultural. Se mezclaron con gente de la Segunda raza, su lengua y apariencia cambiaron rápidamente, y verse libres del gobierno de los Valar dio rienda suelta a costumbres que a ojos de Aman eran deplorables. Además, el rey-dios y sus seguidores fueron consiguiendo seducir y someter a las diferentes tribus de Hombres que había en un principio en Beleriand, en zonas apartadas. Con una tecnología superior, debió ser fácil, aún más con todas las pretensiones divinas que tenían. Incluso, si los Silmarils existieron, debieron ser unos artefactos prodigiosos que asombraron a los pueblos más primitivos de la Tierra Media. De esta manera, el sacerdote se convirtió en un Señor Oscuro sobre un trono, siendo adorado como el único dios.

—¿Y los Noldor? ¿Por qué estaban contra Melkor? ¿La Guerra de las Joyas era una guerra de religión?

—Sí, en un inicio, sí. Los “exiliados” de Aman no estaban como tal opuestos a los Valar como se dice en el *Quenta*, pero sí totalmente defraudados por ver impotentes a sus líderes, y a sus símbolos religiosos destruidos.

—Los Dos Árboles de Valinor.

—Sí, el árbol era, y lo sigue siendo, un símbolo del mundo y de la Creación entera; de Arda creada en conjunto, como explica el autor del Árbol de Amalión. No recuerdo su nombre... Por eso el culto de los Señores Oscuros está ligado a la destrucción de este símbolo: la corrupción de los bosques, Nimloth de Númenor, los muchos árboles de Gondor, el Árbol Negro... El culto oscuro se proponía... se propone, el gobierno de un solo señor en el mundo, y una sola voluntad. De ahí que los árboles representen todo lo contrario, con su multiplicidad de ramas y raíces, con su transmisión de la vida de generación en generación.

—Veo que al menos tiene sensibilidad por la naturaleza, maestro Kartahuz, a pesar de ser un ratón de ciudad —señaló Negro, relajándose por unos momentos.

—Un ratón de biblioteca. Algo apreció la naturaleza, sobre todo la dominada por los Hombres. Nunca salgo a pasear fuera de los muros, pero disfruto de los jardines como el que más. Es una pena que los Hombres tendamos a olvidar que el progreso no está reñido con la naturaleza, pero la religión de los Señores Oscuros hicieron de ello una ley. Las sociedades orcas eran una mezcla de industrialización y primitivismo. Mientras sus líderes buscaban el desarrollo tecnológico y construcciones faraónicas, sus siervos solo querían satisfacer sus propias necesidades sin vistas a futuro. Eran una sociedad abocada al expansionismo, y por ende, a la guerra.

—Creo que es muy razonable, y me interesa lo de la superioridad tecnológica. Por lo que ha dicho, seguro que alguno de sus alumnos ha hecho una explicación sobre los Silmarils como unos focos de luz comparables a las lámparas feanorianas. Pero, ¿qué me dice de los Anillos de Poder? ¿Qué pueden ser sino magia élfica?

—¡Jejeje! —rió Kartahuz suavemente—. ¿No dijo la misma Galadriel que “magia” es el nombre que los Hobbits ponen a las cosas que no entienden?

—No, no lo dijo así —pensó el mago, pero no le dio tiempo a comentarlo.

—Todas esas historias de los anillos mágicos son fruto de la imaginación de los Hobbits cultos, que pretendían explicar asuntos de civilizaciones con las que apenas tenían contacto. Debido a su aislamiento, tendían a exagerar y edulcorar todas las historias que venían de fuera. No hay más que leer sus poemas. Pero su prosa es más de lo mismo: parecen escritos para niños, con trolls de piedra, bolsos parlantes, espectros, el hombre ese de las botas...

—Vaya al grano, por favor —interrumpió Negro tratando de no parecer exasperado.

—Los anillos, sí... Verá, el verdadero origen se encuentra en el uso de los anillos entre los Elfos y otras civilizaciones. Aún aquí en Gondor algunos señores otorgan anillos a señores menores y súbditos como señal de alianza. Lo mismo con los anillos nupciales, que también sabemos eran una práctica élfica. En la Segunda Edad, los remanentes del culto a Melkor comenzaron a organizarse en Mordor, sin que los llamados Orcos supusiesen una amenaza. La raza Alta tenía aún bastante poder en la Tierra Media, por lo que difundir el culto públicamente era imposible, y su rey-sacerdote solo presentaba su aspecto político en las relaciones diplomáticas. La historia de Annatar no fue tan personal como se cuenta, sino que debe leerse en la clave que hablamos antes.

—Desde las instituciones.

—Así es. El señor de Eregion, probablemente interesado en explotar la minería de Mordor, estuvo dispuesto a *forjar* una alianza con el nuevo rey de Mordor, creyendo que era un fiel seguidor del culto de Valinor. Y además convenció a otros reyes y señores élficos para unirse a esta alianza, dándoles anillos hechos con materiales distintos. Los tres anillos principales simbolizaban la multiplicidad de los poderes del mundo, como un reflejo de la poliarquía de los Valar en Valinor, como si se tratase de una alianza entre iguales. Sin embargo, no debió pasar más de una o dos generaciones antes de que se descubriese que el señor de Mordor era adorado como un dios entre sus súbditos. El Anillo Único, con su diseño todo de oro y sin ningún adorno, representaba la superioridad y unicidad del culto al Señor Oscuro frente a los demás aliados. Por lo tanto, toda alianza con él quedaba manchada, pues los Elfos estaban colaborando con un autoproclamado dios, algo blasfemo e inaceptable para ellos. Pero no era posible deshacer las alianzas de palabra: los anillos habían sido forjados precisamente como recordatorio perpetuo. Cuando los Altos rompen su parte, el rey-dios, el “Señor de los Anillos”, se vio legitimado a invadir sus territorios para recuperarlos.

—Entonces, ¿la destrucción del Único no tuvo nada que ver con la derrota de Sauron?

—Obvio que no. La derrota fue militar, pero, sobre todo, moral.

—¿Cómo que moral?

—Por la muerte accidental del rey-dios. Una vez más, entra el factor geológico: el Orodruin entró en erupción, acompañado por terremotos que derribaron la Torre Oscura, donde “Sauron” tenía su trono. Cuando los ejércitos de Mordor vieron morir a su falso dios, se les cayó un ídolo, literalmente, y no tuvieron más que huir o enfrentar la muerte. Los aliados de Mordor, siguieron el mismo camino.

—Aún no me ha explicado porqué los Anillos de Poder no eran mágicos.

—Creo que ya es bastante obvio, ¿no? Todo este asunto político-religioso era sencillamente incomprensible para los Hobbits. Ellos entendían que los anillos eran algo importante para los Elfos, pero a parte de lidiar con temas religiosos que no conocían, los hobbits que escribieron las crónicas de la Guerra sabían que tampoco sería interesante para los lectores, y en su lugar usaron los anillos para reflexionar sobre el paso del tiempo y la mortalidad, y toda una moralina sobre el bien y el mal.

—O sea que, según usted, la lucha del bien y el mal, y toda la cuestión del poder que contiene *El Libro Rojo*, no son más que una interpretación moralista. Creo que se salta cuestiones fundamentales que van más allá de los hechos históricos; cuestiones sobre la realidad misma que no entiendo por qué habría de pasar por alto. Por ejemplo, la cuestión de la naturaleza de los Orcos. Seguían siendo malignos a pesar de tener a su dios destronado.

—Incivilizado no es lo mismo que maligno. Es fácil para nosotros juzgar a un grupo de pueblos de los que apenas sabemos nada. Su lengua, perdida. Su organización social, sus costumbres, su reproducción! ¡Todo perdido!

—No puede culpar a los Pueblos Libres de que los Orcos no hayan registrado su civilización.

—Pero sí de destruirla.

—Se da cuenta de que al final está llamando a lo blanco, negro; y a lo negro, blanco.

—Bueno, mejor eso que ser engañado por poetas y viejas cuentacuentos. Ellos sí que cambian los colores a las cosas, desde al sol, hasta a los lagartos.

—Eso es lo que no puedo aceptar. Es como si estuviese construyendo su verdad derribando las torres que han construido sus propios antecesores, todo para construir una torre más baja. El dilema no es si los Orcos existieron o no. No entiende las historias; las analiza queriendo desentramarlas cuando su objetivo es otro.

Negro paró para coger aire y la conversación se cortó de golpe. Guardó silencio, mirando con reproche por primera vez a su interlocutor. Le venían muchos pensamientos y no estaba seguro de cómo proceder. Seguro que a Incanus se le hubiese ocurrido alguna frase memorable. De pronto, una sonrisa pícaro asomó en su rostro.

—¿Y si yo le dijese que soy un mago? —preguntó Negro con naturalidad. El erudito no supo bien cómo reaccionar y siguió otro breve silencio, que Negro tapó tomando un sorbo de su taza. Kartahuz recordó el episodio en la cocina de hacía un rato, y abrió la boca, inseguro de qué decir, pero la volvió a cerrar—. Quiero decir un *istar*, de los venidos en la Tercera Edad desde las costas de Aman.

—No me lo creería —respondió Kartahuz seriamente.

—Así es... Me produce tristeza, pero veo que usted no es capaz de reconocer sus errores. Su pasión por la Historia le ha cegado a las historias. Antepone sus conclusiones a las posibilidades de la realidad misma. Sin embargo tiene un deseo por encontrar la verdad, cosa que admiro, y por ello le haré un regalo. Pero como no posee la humildad requerida para acercarse al conocimiento sin peligro, para usted será también un castigo.

Kartahuz se puso de pie de golpe, temeroso.

—¿Me está amenazando? —preguntó, alejándose, pero su espalda topó con la estantería y quedó inmóvil. Se estaba dando un cambio en la atmósfera de la habitación. Disminuyó la luz, como cuando pasa una nube sobre el sol. Apareció un olor como de tierra mojada por la lluvia o de niebla sobre un lago. La voz del sabio sonó, sorda y clara, en los oídos de Kartahuz, como si le estuviese hablando a un palmo de distancia:

—En Aman me llamaban Luto. Tenía pocos nombres, pues era poco conocido; un maia menor de una valie menor. Mi señora era Este, y como siervo suyo, mi naturaleza está inclinada a sanar, pero mi función en Lórien era el de barquero, de ahí mi nombre.

Una luz imperceptible mantenía visible su silueta, en contraste con la penumbra de la habitación. Kartahuz callaba, y pronto dejó de temblar, pues el rostro del anciano, cada vez más joven, le inspiró una súbita confianza. El sonido aterciopelado y el contenido de sus palabras lo llenaban de asombro, y a medida que las escuchaba, crecía el sentimiento de que estaba accediendo a un conocimiento lejano e inaccesible para los mortales, del que el *Valaquenta* era solo un pequeño atisbo.

—Yo era el barquero principal del lago Lórellin. Transportaba a mi gentil señora hasta la isla donde suele dormir, y a todo aquel que lo pidiese, siempre que no perturbara el descanso de mis señores. ¡Ah..., ese lago! Siempre cubierto por nieblas, unas veces más densas que otras, pero siempre ocultando los violentos rayos del sol. No hay lugar en toda Arda que invite más al descanso que los jardines de Lórien, y en ellos no hay lugar más apacible que la isla en medio del Lórellin. Cubierta de finos árboles de troncos desnudos y copas frondosas que tapan la luz del sol. El suelo cubierto siempre con mullida hierba fresca y arbustos aromáticos aquí y allá, formando rincones ocultos donde los elfos se echan a dormir incautos durante años. A la noche, la niebla se levanta y la luz de la luna revela los claros del bosque donde se reúnen los espíritus más tranquilos de Aman. Brillan las luciérnagas con parpadeos suaves y zumbidos soporíferos. Se abren las amapolas nocturnas que solo brotan en esta isla, de pétalos violetas y de hipnóticos pistilos fluorescentes.

En este punto, Negro se había transfigurado por completo. En vez del viejo calvo de túnica negra sentado en una silla de la biblioteca, a Kartahuz le parecía ver al maia en su puesto original de Aman. Subido en su bote, con el largo remo agarrado como un largo bastón de mago, rodeado de la clara niebla del lejano Oeste. Su piel se había tornado de color ceniza, y su vestido a juego lo cubría olgadamente. Su cara juvenil y feérica contrastaba con su mirada de espíritu ancestral y sus cabellos blancos. Pero pronto su rostro quedó en la sombra, medio oculta por una amplia capucha, como recordando el anonimato del siervo que solo está presente durante su servicio.

—Muchos acudían a esta isla y a los jardines de mis señores, pues en Valinor hay más cosas por sanar de las que imaginas. El Enemigo hizo mucho daño con sus mentiras y su araña gigante, pero después de que fuera derrotado comenzaron a venir aún más elfos, con tantas heridas; en sus almas, en sus cuerpos y mentes... Por ello, la Tierra Media me inspiraba terror, pero también compasión. Mi deseo de venir aquí y ayudar a sanar, ya no solo a los Elfos, sino a los Hombres, surgió en mi corazón antes de que se convocase el concilio. De esto sí habrás escuchado. Manwe convocó el concilio en el que se escogieron a los Istari. Los cinco principales destacaban por su poder y por ser los representantes de los Aratar, pero otros tantos Valar escogieron al menos un sabio de entre sus siervos. Mis señores no convocaron a sus espíritus, pues mucho trabajo había por hacer en nuestros jardines y casas de sanación; pero aún así asistí, sin anunciarme. Y cuando le llegó el turno a mi señora de escoger a su heraldo, justo entonces vió que yo había acudido, y vió el deseo en mi corazón, y ordenó que me adelantara. “¿Qué haré sin mi fiel barquero?”, me preguntó ella. “¿Qué haré sin mi bondadosa maestra?”, pregunté a modo de respuesta. “Poner en práctica lo aprendido, para la salvación de muchos”.

»Así fui escogido junto con otros Istari, y fuimos embarcando hacia el lejano Este poco a poco. Abandoné mi apariencia hermosa y oculté mis poderes con una carne frágil como la de vosotros los mortales. Olvidé las artes de sanación que me eran propias por mi condición sagrada, y aprendí a curar con mis manos, con hierbas y piedras. Aprendí el ritmo de los hombres, sus costumbres, gobiernos y cultos, y me esforcé por sanar la influencia de la Sombra que se cernía no solo sobre sus cuerpos, sino sobre sus corazones. Muchos dirán que fracasé en mi misión junto con otros de mis compañeros, pero es fácil juzgar cuando se desconoce la vastedad de los territorios que hay más allá de los mapas. Si no estuve ocupado durante las plagas que asolaban Gondor o los países del Sur, estuve exponiendo los peligros de Sauron a los Haradrim. Por muchas veces que lo deseé, nunca mostré mi verdadero ser como estoy haciendo ahora contigo; porque me ataba la misión de guiar a los hombres respetando su libertad y confiando en su sabiduría. Que nadie me culpe por la dureza de corazón de los sureños, porque hubo algunos que sí me escucharon, y sus descendientes son

los que aún mantienen la paz. No, nadie me puede reprochar que no hiciese todo lo que estuvo en mi mano. Pero ya veo que mi trabajo caerá en el olvido, como todo en esta tierra mortal, en parte gracias al trabajo de gente como tú —Negro no señaló a Kartahuz, pero este se encogió ante el reproche—. Tú y tu escuela, que elegís abandonar el espíritu con el que fueron escritas las historias, para interpretarlas con el espíritu de vuestra época, sin daros cuenta de que vivís en una época decadente. Gracias, Kartahuz, porque me has mostrado este espíritu, y te advierto que al quitar el sentido a las historias, éstas caerán en el olvido, y esto será signo de la oscuridad en que habrán caído los Hombres. Pero tarde o temprano los mitos brotarán de nuevo, y surgirá un lugar seguro donde estén protegidos, como lo estuvo el árbol blanco en el barco de Elendil...

El tono del mago se había ido incrementando poco a poco, y aunque no demostraba desprecio, sí que imponía una autoridad temible, empujando a Kartahuz a apartar su mirada. Soltando un leve suspiro, la apariencia y la voz de Negro fueron retornando a la normalidad.

—Kartahuz, leo tu corazón mejor de lo que lees tus libros, y sé que ni siquiera esta visión te abrirá los ojos. Así pues, te castigo con la duda. La duda de no saber si todo lo que has escuchado hoy es verdad, y de si todas las historias antiguas cuentan una verdad que está fuera del alcance de tu entendimiento.

Todo volvió a la normalidad con un silencio aplastante. Pasaron unos segundos antes de que el rumor del exterior se hiciera notar. Kartahuz se incorporó, generando un sonoro frufú con su ropa. El sabio y el maestro se miraron fijamente. Acercándose a la mesa, Kartahuz balbuceó un poco antes de decir:

—Ha sido el té, ¿verdad? —señaló a la tetera—. Ese té del sur... nunca lo había probado. Ese té tiene efectos alucinógenos, y usted me lo ha dado a sabiendas.

—Pero sí yo también lo he tomado y...

—¡Con sus cuentos me ha hecho ver todo eso!

—¿Le han gustado mis cuentos? No creo ser un narrador muy...

—Debo pedirle que se marche —interrumpió el bibliotecario, poniéndose recto y señalando a la puerta—. Al principio ha sido muy agradable conversar con usted, por lo que voy a pasar por alto que me haya drogado, pero si no se retira inmediatamente, llamaré a los guardias.

Negro tomó su taza y apuró su contenido rápidamente antes de levantarse.

—Debo reconocer —dijo suspirando— que tiene usted una entereza admirable. Ante una revelación o ante una alucinación, una persona normal no reacciona con tanta calma. Muchas gracias por su atención, maestro bibliotecario.

Kartahuz no respondió, frunciendo aún más el ceño. Al pasar junto a su lado, Negro notó que el pobre hombre estaba temblando. Se sintió mal, y en su interior pidió perdón al Único si se había excedido; pero, después de todo, mostrar su ser angelical era técnicamente una bendición, y si había podido hacerlo era porque las limitaciones impuestas por los Valar habían sido derogadas.

Antes de salir de la sala, miró hacia atrás y las miradas del sabio y del maestro se cruzaron una última vez. Luto pudo leer el corazón de Kartahuz durante unos segundos, y percibió, con una satisfacción carente de todo orgullo, una vacilación dentro del bibliotecario y su deseo de preguntarle muchas cosas. Pero ninguno dijo nada más, y el mago salió.

Ya fuera, y deslumbrado por la luz de la tarde, Negro se encontró en el patio palaciego, lleno de gente diversa.

—*Haría bien en convertirme en una nube luminosa delante de una multitud como esta y marcharme volando al Oeste. A ver cómo interpreta eso el señor maestro... Ay, pero me*

encanta mi cuerpo, mi viejito fana. Como mi fiel Carbón, me lleva de un sitio a otro, y aún le queda mucho por mostrarme...

Se adentró en la ciudad para comprar víveres para el viaje. Se esforzó por permanecer tranquilo, pero saltaba cada vez que veía un guardia, pensando que el maestro bibliotecario había dado la alarma de que un extranjero con peligrosos polvos alucinógenos andaba por la ciudad haciéndose pasar por mago. Unas horas más tarde, no había indicios de que tuviese razones para alarmarse, pero prefirió irse de Minas Tirith antes de lo que tenía planeado, solo para prevenir. No le apetecía volver a entrar en una celda aunque solo fuese una noche. Un escalofrío recorrió su espalda al recordar sus repetidos encarcelamientos en Umbar, pero apartó la mente de eso y entró decidido a una farmacia.

Al cabo de un rato, volvió a la posada y anunció al encargado que se marchaba. Tras coger sus cosas de la habitación y ordenar las alforjas con lo que había comprado, fue al establo.

—Carbón, nos vamos —dijo mientras le colocaba la silla de montar encima—. Aquí ya no somos bien recibidos. Además, Gondor ya lo tengo muy visto, por la plaga del XVII, y no me trae buenos recuerdos. Estoy deseando ver el reino de Arnor reconstruido. Solo llegué a ver las ruinas de Annúminas una vez, y ya entonces mereció la pena la visita.

Acomodó la bolsa de cuero que colgaba sobre su hombro, no sin antes mirar que su preciado contenido estuviese bien colocado. La bolsa pesaba bastante, y con su forma rectangular casi hacía pensar que llevaba un bloque de piedra. Después de cargar al burro con las alforjas, agarró la simple correa de cuerda atada al cuello de Carbón y salieron juntos.

Poco más de una hora más tarde, estaban saliendo de la ciudad, camino del norte. Ya subido en el burro, el mago iba observando en silencio a las personas que se iban cruzando, a las que él saludaba con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Se notaba el crecimiento de la población en esta Cuarta Edad, pues un buen número de transeúntes iban o venían de las granjas, que se extendían en todas direcciones. Comenzaba a anochecer cuando Negro y Carbón quedaron algo tranquilos. El mago no se aguantaba las ganas de hablar con su querido burro solo por la presencia de la gente. Aunque estaba aliviado por haber salido de la ciudad sin problemas, le preocupaba otra cuestión.

—¿Adónde vamos, Carbón? —terminó por soltar, en tono exasperado—. Por un lado, quería ir a Lothlórien cuanto antes, si es que queda algo reconocible de Lothlórien... Por otro, quería visitar Orthanc, pero la verdad no sé qué se me ha perdido ahí. Podría consultar la Piedra, por contactar con Avallónë, pero no sé si mi salvoconducto me valdrá allí... Y si voy a Lothlórien, voy a tener ganas de ir al norte, a ver el Bosque renacido, y luego Rivendell... Y no te voy a mentir, Carbón, también tengo ganas de volver ya... No es que la nostalgia por el Oeste me quite mucha paz, pero estoy tentado de coger el Paso de Rohan, atravesar Eriador sin más e ir directo a los Puertos. Ya veremos, Carbón, ya veremos.

Suspiró y miró al cielo. Unas pocas nubes reflejaban la luz del sol, que se ponía fuera de la vista. Contemplar el momento presente le calmó, recordando que tenía tiempo para decidirse en el camino. Su mente divagó con los recuerdos de su vida pasada, tan lejanos que parecían los de otra persona.

—Hay algo que no le conté a Kartahuz, pues no era pertinente; pero te lo cuento a ti, amiguito —dijo en voz alta, al tiempo que daba un par de caricias al cuello del burro. Carraspeó un momento—. Aunque parezca mentira, en Aman no siempre se pueden sanar los cuerpos, por lo que muchas veces tuve que acompañar a las almas hasta Mandos. No es que fuese mi obligación, pero, al ser barquero, se me daba bien, y no me gustaba dejar a las almas solas. Luego las iba a visitar a menudo para saber cómo estaban. En Mandos solo hay recuerdos, y la reina de los recuerdos es Vaire, a quien tomé como mi segunda señora. Mis

hermanos, los maiar de Lórien, suelen estar inclinados a ir con Nienna, porque ella también está ocupada con las heridas y la noche. Pero yo encontré mucho trabajo por hacer en la Casa de Vaire: escuchar. Escuchar las historias de aquellos que ya no están, y custodiarlas para el futuro. Aprendí mucho de Vaire, y de Fíriel también, cuando fue reencarnada. Aprendí que el acto de sanar no está solo en las manos: también en escuchar. Por eso escuché a Kartahuz durante tanto rato, para saber qué guarda en su corazón, y por eso supe que discutir no iba a servir e hice lo que hice. Por eso he cogido estos libros sin permiso.

Abrió la bolsa y comprobó otra vez que su contenido siguiese ahí: un grueso tomo, encuadernado en cuero rojo asomó durante unos instantes. Cerró la bolsa, dándole unos golpecitos cariñosos, y agarró la cuerda del burro que usaba a modo de rienda.

—No los he robado, Carbón. Los he tomado prestados, para guardarlos para tiempos mejores. Para el tiempo en que los Hombres necesiten de las buenas historias y haya quien las cuente y las escuche desde el corazón.

Siguió un silencio, solo perturbado por las pisadas de Carbón y el viento en los pastos. Negro levantó la mirada, reparando en que las estrellas habían aparecido hacía rato. Al momento, se apeó del burro.

—Perdóname, compañero. Me he distraído. Hace rato que debería haber estado buscando un sitio donde dormir. Yo aquí hablando de lo importante que es saber escuchar, cuando lo primero es saber callar...

Dió un profundo suspiro, y llevó a Carbón fuera del camino, hacia un sauce que parecía acogedor.